

P. Carlos Vigil González-Cutre, S. I.

(Villaviciosa, Asturias, 10/04/1934 – Gijón, Asturias, 6/11/2017)

El P. Carlos nació en Villaviciosa (Asturias) el 10 de abril de 1943, fue bautizado en la Iglesia Parroquial el 14 del mismo mes, aniversario de la proclamación de la república española. Le gustaba destacar este hecho, y aun decía que había condicionado su ideario político. Algo, sí. Lo cual no impidió para que dos años más tardes aquel gobierno se incautara de la casa y las tierras de su familia, y tuviera que emigrar con dos años a Portugal, donde estuvo hasta el final de la guerra civil. Cuando los compañeros mayores, por ejemplo, el P. Gumersindo Treceño, aireaban y aun alardeaban de sus destierros del año 32, el sacaba a la palestra el suyo del 36, con un mérito añadido

–Yo era un niño inocente.

Recitaba de memoria la noticia tal como apareció en un periódico de de Gijón:

–«En Villaviciosa, el Gobierno de la República se ha incautado de la casa y tierras de los González-Cutre, familia de curas y militares»

Los militares eran dos tíos suyos, que llegaron al generalato; los curas, tíos suyos también, fueron los PP. Carlos y Vicente. Carlos fue misionero de China. Escribió a su madre, desde Hongkong:

–«Cuando llegaron los comunistas, al principio nos trataron bien; nosotros felices. De repente cambiaron y no pusieron a caminar con lo puesto, hambrientos, helados, insultados, un mes, hasta la frontera. A pesar del deber que todo buen español tiene de odiar a los ingleses, cuando vimos a lo lejos la bandera de Inglaterra ondeando en Hongkong, unimos nuestra gratitud a Dios Nuestro Señor y a Albión, que ya no nos pareció pérfida sino amiga».

El P. Vicente, destinado al Brasil, fue provincial de la provincia Goyano-Minense.

Carlos era consciente de que el Señor se sirvió del ejemplo de sus tíos para hacerle oír la llamada a la Compañía de Jesús, pero la voz decisiva fue la que escuchó durante su estancia en nuestro colegio de Gijón, en el que estudió sólo un año, el último de bachillerato; interno. Repetía anécdotas que demostraba la autoridad prusiana del P. Prefecto, Enrique von Riedt.

–Nos dominaba con los ojos, y conocía todas nuestras andanzas de los domingos por la tarde. Programaba las películas que podíamos ver y se enteraba si habíamos ido a otras.

Los seis primeros años de bachillerato los cursó en un colegio de Villaviciosa. El paso al de jesuitas, lo forzó él mismo, informando a sus padres de la probabilidad de llegar a las manos con alguno de los profesores; o con *algunos*, aclaraba

No podía soportar las arbitrariedades o los engaños, ni entonces ni después; y tampoco le faltó nunca el genio. Todavía en su ancianidad, las elecciones autonómicas y las generales le inquietaban la conciencia porque no quería contribuir a la victoria de corruptos. Las injusticias, sobre todo las que se derivaban de los sistemas de cualquier orden, le indignaban, le dolían casi físicamente, y más si se aprontaban ideologías que las explicaran.

En la Compañía quiso entrar al acabar el bachillerato; pero su padre le obligó a hacer primero una carrera universitaria. Escogió Derecho. Durante la carrera hizo la milicia universitaria en aviación y llegó a pilotar solo. Se licenció de alférez.

Según avanzaba en los estudios universitarios la voz de la vocación sin dejar de oírse, fue sonando más lejos y Carlos fantaseó con la idea de abrir un bufete; pero la llamada no calló. Terminó la carrera y, después de unos escarceos como pasante en un despacho, entró en el noviciado en Salamanca en 1961.

Fue su maestro el P. Boado, al que no se cansaba de alabar y agradecer. Aún novicio, y más de junior, hizo no pocas veces de mecanógrafo para el P. Maestro y para el P. Provincial, Ángel Tejerina. Todavía, después de 48 años, cuando yo lo conocí, guardaba discreción absoluta respecto de los textos que tuvo que mecanografiar.

–Trataban de personas.

Hacía una excepción: la correspondencia entre el P. Boado y el que fuera maestro de éste: Garrido, entonces en Cuba. El P. Boado no veía la conveniencia, del traslado de los novicios de la Provincia de León a Villagarcía, para constituir en el mismo edificio otro noviciado junto al de Castilla, aunque con separación absoluta entre ellos. Había representado sus dificultades ante todas las esferas, hasta al P. General; pero en vano. La última carta, que Carlos mecanografió decía. «¿Qué más puedo hacer?» «Obedecer». Le respondió Garrido. Boado se puso inmediatamente a la obra de trasladar a los novicios. Cuando nos lo contaba se le cortaba la voz.

–Aquello me *edificó*.

Edificar, con ser voz paulina profunda, suena hoy añeja. Literalmente, Carlos quería decir que aquello le había *construido* como se construye un muelle, el muro de un pantano, una catedral. Carlos daba una impresión de solidez arquitectónica.

Otra historia que contaba *una y otra vez*... (Téngase en cuenta que yo lo conocí cuando llegó a Gijón a esa edad en la que uno se vuelve repetitivo) Otra historia, pues, que repetía, era la de su *vocación* a Alaska. Era junior. No tenía claro desde qué instancia había llegado a las provincias españolas la noticia de que se deseaba un misionero para Alaska, y se especificaban sus cualificaciones: buena salud, entre los 25 y 30 años de edad, resistencia al frío, título de piloto, por lo menos de avioneta deportiva, y conocimientos de derecho canónico.

–¡Clavado: era yo!

Todavía en este comienzo de invierno de 2017, con su bastón, su cuerpo inclinado y doblado en varias direcciones, su andar lentísimo; mientras todos nos abrigábamos ya con chaquetas y jerséis, él seguía con su camisa blanca, de manga corta. Se ofreció. El P. Tejerina le dijo que no. Carlos se inclinaba a pensar que aquella negativa fue un acierto; pero seguro, no lo estaba.

La filosofía la hizo en Pullach (1964-1966) Admiraba la moral cívica alemana. Un compañero jesuita no le aceptó una invitación al teatro porque la entrada le hubiera sido pagada con un dinero proveniente de una beca del gobierno concedida a Carlos a título personal.

El Magisterio lo hizo en la escuela profesional de Natahoyo (Gijón). La Teología la empezó en Granada, en la facultad. Hasta el final conservó la gratitud a sus profesores, seguía adquiriendo y leyendo los escritos polémicos de algunos. La terminó en Madrid un poco por libre, desordenadamente, coincidiendo con el hervor de la movida del 68.

De aquellos años madrileños, así como de su experiencia los tribunales eclesiásticos de Trujillo (Perú) y Lima, le quedó para siempre algún sombreado escéptico y contestatario, pero nunca se disfrazó con esos uniformes.

De sus estudios teológicos de Madrid y del desorden y de la deficiente intendencia de los pisos en los que le tocó vivir, guardaba mal recuerdo. Lo mismo, luego, de la penosa

situación laboral de quienes trabajaban con él en los tribunales de Lima. Le parecía injusta. Amenazó a la autoridad eclesiástica con presentar una denuncia al ministerio de trabajo; mejoraron los sueldos. Algo parecido había hecho antes en Madrid, presionando al encargado de los estudiantes para que mejorara las instalaciones y el ajuar de uno de los pisos a los que estuvo destinado.

Se ordenó de sacerdote en 1970 en Gijón.

El sacerdocio, antes de cualquier otro componente, era el rasgo determinante de su carácter, no solo religioso, sino humano. Quizá se apoyaba tanto más en él, por cuanto tuvo que dedicar mucha vida a tareas de administración y a litigios. Cuando nos las contaba, se le notaba que se había esforzado por no dejarse contaminar de maneras curiales y clericales: no tenía nada de eso, tampoco lo contrario.

Por conversaciones particulares, siempre breves, y por la información que me daba de las lecturas que frecuentaba me pareció entender que su vida espiritual se desarrollaba poniendo atención menor en las *mediaciones* –fueran éstas las formas de la Iglesia, la Compañía, la teología. Aceptaba con convicción sus *sustancias*, no sus varias *ideologizaciones*. Vivía centrado en el hecho de que había recibido la gracia de poner en juego la integridad de algo muy valioso ante Dios –su persona, su vida– y no entendía que *esto* pudiera retratarse con exactitud en fórmulas, instituciones, costumbres, a las que, sin embargo comprendía, amaba, relativizaba.

De 1971 a 1974, estuvo en el colegio de Vigo de administrador. En 1974-75, hizo la tercera probación en Medellín (Colombia). Inaugura una larga estancia en Hispanoamérica. De 1975 a 1978, Urcos (Perú) operario. No lo será nunca más a tiempo completo. De 1978 a 1980, Lima. Gestor de negocios de la provincia, y estudios de Derecho Canónico, con alguna pequeña actividad apostólica.

Para completar su formación como canonista, sin olvidar la de administrativo, pasa un año en Madrid en la Facultad de Derecho Canónico y en ICADE. Contaba con gracia que fue obligado a asistir a las clases de religión con los demás alumnos, y que le divertía el contraste entre la teología que entonces dominaba en Hispanoamérica y la ortodoxia veterana de aquellas clases.

En 1981 regresa a Lima, Vive en nuestra residencia de San Pedro y trabaja a tiempo completo durante 22 años como vicario judicial adjunto en el tribunal eclesiástico. Hace algún trabajo pastoral. Este período lo recordaba, hasta que lo devoró el olvido, como el que había llenado su historia. Los demás, aunque gustosos, se le aparecían como añadiduras. Del 2002 pasa al tribunal eclesiástico de Trujillo, donde el trabajo es menor. Es a la vez ministro de la casa y Vicario Parroquial. En 2006 se despide de América, y pasa tres años en la residencia de la Coruña, como ministro, gestor del Centro Fonseca, ayudante de administración y trabajo pastoral. El 2009 llega a Gijón donde colabora en la parroquia los tres primeros años.

El 2011, durante la misa de conmemoración de sus cincuenta años de Compañía sufre un desmayo y hay que ingresarlo en el hospital. En adelante podrá estar de pie solo durante intervalos breves. Intentó celebrar la misa sentado, levantándose sólo para la consagración; pero desiste pronto. Su vocalización se volvió oscura. En 2014 se le llevó al hospital por razón de dolores muy agudos de cabeza. Se le diagnosticó meningitis. Salió adelante habiendo perdido la memoria de un largo período de su pasado.

–He olvidado una parte de mi vida. Y lo peor es que no sé si es mucha o poca; ni cuál. La busco: nada.

En aquella noche emergían, sin embargo luces o memorias curiosas. Como un perro al que cuidó de cachorro, y que cuando volvió al lugar pasados muchos años de separación, lo reconoció desde lejos, antes de verlo, y hubo que soltarlo de la cadena porque se ahogaba con el afán de ir a saludarlo. Recordaba bien su infancia y juventud, la pesca de

chipirones en la ría, algunos personajes y episodios de su carrera de derecho, y, dando un salto, los años recientes. Conservaba también sus dos fobias, el fútbol y el pescado.

—En el viaje de fin de carrera pasamos por Madrid a la hora en que jugaba la selección española contra no sé quién, y nos regalaron entradas para el partido. Asistieron todos menos yo, que regalé la entrada a un transeúnte y durante el tiempo del partido me dediqué a callejear por la ciudad.

Al pescado lo miraba como a un enemigo personal; decía en broma, que su proximidad contaminara al resto de la comida, y le clavara una espina en la garganta.

—¿No? Ya me pasó una vez en una croqueta.

—Sería de bacalao

—¡De pollo!

En general su desmemoria no le impedía llevar una conversación normal y bien humorada. No volvió a aprender el manejo de los mandos de la televisión; nos la desconfiguraba continuamente.

El olvido afectó principalmente a sus años americanos, excepto en lo tocante a los recuerdos de la pobreza que vio y vivió. No era supervivencia de un fragmento de memoria sino ejercicio de austeridad efectiva hasta el final.

Los dos últimos años se le frecuentaron los mareos, las idas y venidas al hospital, la dependencia. La última semana hacía todavía vida comunitaria aunque se dormía en cualquier parte, no comía, sino, en cada caso muy poco, y por obediencia al P. José Manuel Peco, Superior, y al H. Herreras, más como ministro que como enfermero.

El 30 de octubre se le llevó al hospital de Cabueñes para un análisis. La radiografía que no reveló nada grave; pero esta información se consideró insuficiente. Se le hizo una resonancia y apareció un cáncer de páncreas que ya interesaba el estómago y los pulmones. Quedó ingresado, agravándose. El 6 de noviembre se decidió el trasladarlo al hospital de la Cruz Roja, donde recibiría no más que cuidados paliativos. No llegó a ir. Murió en paz el día la madrugada del 7.

Antes, a mediados de octubre se decidió en consulta de la casa solicitar su traslado a nuestra enfermería de Salamanca, porque requería ya cuidados que en la comunidad no se le podían ofrecer. Se preparó una pequeña academia para despedirle en el comedor al que seguía bajando. Se pensó celebrarla el 4 de noviembre, San Carlos Borromeo, su santo. No se la pudimos leer, porque ya no regresó del hospital. Se entregó el texto a la familia. Recordaba episodios de su vida, y también su sentido; he aquí algunos fragmentos

Habrías podido ser un misionero
entre los ateridos esquimales,
con tu iglú y tu trineo en los glaciales
desiertos sin final de Alaska, pero

tu ilusión te cortó con su certero
tijeretazo Tejerina: tales,
pudiendo ser, no fueron misionales
tus hazañas, sino de foro y fuero.

No es menos valioso por oculto
el lugar al que el Padre te destina:
en ti quiere a Jesús jurisconsulto,

en ti abrazarle a Él entre papeles.
Los días en Nazaret son como en Lima:

lentos, iguales, grises, largos: *fieles*.

¿Qué le faltó a Jesús? Llegar a anciano.
¡No! Jesús en nosotros nace, crece,
ríe, llora, redime y envejece:
esto fue para el Verbo hacerse humano.

Le faltó experiencia de la vida
porque la cruz le urgió a una muerte pronta.
Cabeza de su Cuerpo: en él afronta
completa la pasión que le es debida.

Jesús tan a la prisa acostumbrado,
con demorados pies *en ti* camina.
Quien las noches oraba desvelado

En tu sueño insistente se adormita.
Y Él, maestro que lo sabe todo,
en tu desmemoria se le olvida.

Ahora no echará de menos este modesto homenaje.

Antonio Pérez, S.J.
Gijón, 11.11.2017